

ANGEL en San Salvador

Irina Darlée

Escribo estas líneas para mí misma y para aquellos amigos que conocían y querían al poeta. Evoco hoy la imagen del padre Angel Martínez íntimamente ligado a mi vida durante largos años transcurridos en El Salvador. Tenía yo unos veinte años cuando llegué procedente de España a aquel país y allí conocí a Angel. Era un poeta de verdad. Llevaba la poesía como resplandor en el cielo del alma. Al poeta no le viene la poesía de fuera; la extrae de sí mismo, de su propia noche. Es, por lo tanto, un error el hablar de "inspiración poética". Se debería hablar más bien de "expiración poética" y para Angel no hubo hora alguna en que dejara de ser poeta. Dije antes que era poeta de verdad, puesto que buscaba la Verdad del Todo. Veía en la poesía un apostolado.

Fue poeta hasta el último aliento de sus labios y se ha ido con el alma tendida como si fuera alas. No en vano se llamaba Angel. Su poesía es una ascensión hacia lo eterno. Toda su obra refleja el anhelo de Dios. Procuraba cada vez más fervorosamente llegar hasta este infinito. Verso tras verso, poema tras poema, su poesía es una Catedral que se eleva hacia el Creador y es la más pura exaltación religiosa que haya logrado un poeta de nuestros días, después de los versos de San Juan de la Cruz.

Tal vez sólo un hombre perfecto puede ser un gran poeta y no aquel que decepciona con su proximidad, que repugna por su degenerada forma de existencia, actitud "bohemía" que suele acompañar a las bellas artes, o aquel que nos envenena melancólicamente la sangre con su lirismo pesimista. El padre Angel Martínez tenía la gran pureza humana del verdadero poeta, y en mi vida entró como una experiencia que me ha sabido guiar. Hoy sé cuánto le debo y trato de expresar mi gratitud mediante estas líneas de veneración hacia el poeta recién fallecido.

El azar fue entretejiéndome en su mundo. Yo frecuentaba en aquel entonces la Casa de la Cultura de San Salvador en cuyo patio se reunían unas cuantas pintoras semidormidas y languidecían las macetas. De repente, como en alas de un viento invisible, llegó a aquella Casa el padre Angel en el negro estuche de su sotana. Yo venía de Madrid donde me había graduado en periodismo y el padre Angel era español. Esto bastó para tender un puente. Se acabaron las conversaciones insulsas y el padre comenzó a leernos sus versos. Desde entonces es para mí el primer poeta centroamericano, aunque español. A veces comentábamos en fraternal diálogo la vida española y la de San Salvador, cuyo asfalto quemaba el sol volup-

tuosamente y donde todo era distinto. En su derredor había siempre un círculo de poetas, de los que también ya se murieron algunos, como Trigueros de León y Alberto Guerra Trigueros. Continúan con vida y con las musas Raúl Contreras (nuestra Lydia Nogales) quien se ha trasladado a España, y Chito Valdés que permanece en El Salvador dedicado a la crítica literaria. Teorizábamos mucho sobre Arte y Literatura. Las pintoras seguían embelesadas y Alberto Guerra Trigueros se lo sabía todo. Era un erudito y desde la blanca almohada del enfermo -esto nos lo contó el padre Angel- estuvo declinando al morir el verbo "pasar" en griego, latín y otros idiomas. "Pasaré, pasarás, pasaremos..." morir.. pasar... soñar. O como reza un verso del padre Angel:

**"Seguir, sin que la vida se interrumpa,
Sombra y luz, cuerpo y alma, tronco y fronda,
Y el árbol invisible que en la tierra
Da vida al que se ve y dice la norma
De templo hundido en que otra vasta cúpula
En el cielo mejor se abre y se ahonda."**

Unas semanas después Angel estuvo muy grave, y por un extraño azar, hospedado en la misma habitación en la Clínica en la que su íntimo amigo, el poeta Alberto Guerra Trigueros había muerto. Coincidencia que no dejó de impresionarlo muchísimo. Su cuerpo estuvo enfermo desde largo tiempo atrás. La muerte comenzó temprano a rondarlo. La sintió interiormente desde hacía años, pero la elevó y la transformó en poesía. Salió de aquella Clínica privada con su cartera llena de versos copiados cuidadosamente a máquina.

Se diría que siempre andaba cargado de versos. Venía mucho a nuestra casa situada en un barrio salvadoreño poéticamente

llamado "Flor Blanca". Traía siempre versos nuevos. Se recostaba en el sofá con las hojas de versos en la mano, las gafas ante los ojos miopes y empezaba a leer; leer y explicar. Se paraba en medio de sus poemas para decir las cosas no dichas, explicar las posibilidades indecibles. Reconocía que los suyos eran unos versos tan hondos que había que explicarlos, releerlos. Subrayaba el significado misterioso de cada palabra o de cada juego de palabras. Recreaba sus versos al leerlos, encontrándoles nuevos matices para él mismo insospechados.

Venía casi todos los domingos, año tras año, a la casa, donde mi madre y yo le esperábamos con impaciencia para, con su ayuda, encontrar la Verdad concentrada en esos versos que él leía, mecidos por la nerviosidad de sus manos, delgadas y finas, donde las venas golpeaban bajo la carne escasa. Ya tenía la frente arada por las arrugas de los años, huesuda la cara, pero su expresión un poco dura quedaba anulada por su mirada clara y bondadosa, mirada gris-azul, color del mar que se adelanta en Navarra.

Veía preferentemente lo positivo. Todo lo hallaba hermoso en su infinitud. Estaba abierto a todo lo nuevo, sin rechazar nada, y era accesible a cualquiera. Esto mismo descerrojaba el corazón. Cuando se había estado en su compañía no era posible caer en la mezquindad. Creo que la pureza humana de Angel es la grandeza de sus versos y el valor extemporal de su arte. Componía verso tras verso, poema tras poema, en esa marcha hacia lo duradero. Casi toda su creación está ligada temáticamente, orientada hacia Dios.

Pocos casos hay como la poesía penetre totalmente en un hombre. El vivía la poesía por encima de todo y del tiempo, del

que se olvidaba siempre. Ignoraba el mecanismo de un reloj y a veces se quedaba leyendo sus versos - libre y tranquilo - hasta muy tarde en nuestra casa. Entonces mi madre o yo teníamos que recordarle que era hora de regresar al Seminario, donde ya más tarde no era tan fácil la entrada.

Angel siempre se olvidaba del tiempo, pero no se cansaba de recordar la muerte. Sin temer a la muerte, y sabiéndose muy enfermo, hablaba de ella. Pasaron unos años. Permanecí encerrada en mi mundo y Angel volvió de México donde daba clases en la Universidad Iberoamericana. Por último lo vimos de regreso de Nicaragua, en 1969, un poco enjuto y ya en el otoño de su madurez. Quiso celebrarnos, a mis padres y a mí, una misa. Traía un libro nuevo "Nicaragua canta en mí", con algunos versos viejos que nosotros ya conocíamos de aquellas tardes apacibles de domingo, torturadas por el cielo eternamente reluciente del trópico o subrayadas por la lluvia que en el invierno tamborileaba contra el asfalto.

En la nota preliminar de este libro dice Angel que en Nicaragua echó raíces. Sabíamos desde siempre que sus raíces llegaban hasta el seno de la tierra nicaragüense, como las de una Ceiba, que tan bien ha sabido cantar en uno de sus poemas. Pero, dice también en esta nota, que "es de España y más concretamente de Navarra y más concretamente de un pueblo de nombre oscuro, entre la Peña y el Ebro. El Ebro que abría allí el horizonte a lo largo de la tierra pequeña. El Ebro, río de España - de Iberia que por él se llama así -, río que me había de llevar al mar, para que por el mar llegara al otro río, Río de Nicaragua, destinado a unir, como aspiración en la historia y como realidad en mí, todos los mares."

Angel había encontrado un mar incommensurable donde podía desembocar el sentimiento todo. Qué otra cosa es su poesía, en el fondo, sino la manifestación continua de su vocación religiosa, afirmación de la presencia de Dios, de la fe, de la Naturaleza, de los hombres y de sí mismo.

Ahora su voz ha enmudecido. Su mano nervuda ya no corre detrás de la palabra. Se ha apagado su clara y bondadosa mirada. Pero nos quedan sus versos como un legado. Como unas manos unidas en oración. Como un anhelo de Dios que abarca el mundo y que auna lo uno a lo otro.

Decía: "Solo una cosa es necesaria: TODO." También había dicho durante uno de aquellos domingos apacibles e inolvidables, ensombrecidos por el pensamiento trágico de que son irre recuperables ya: "TODO LO POSIBLE ES POCO". Hablaba de la constante inconstancia de la veleta, de la rosa que tenía por escudo, del negrito:

"Negras las piernas,
Negros los brazos,
Negra la cara.
Y aún más que su camiseta
Recién lavada,
Aún más que la camiseta
Más blanca el alma
Que se le asoma desnuda
por la mirada."

Hablaba también de España cuya ausencia le pesaba, diciendo "lo decisivo nunca puede realizarse sino mediante un gran renunciamiento simultáneo." Su sacerdocio le aisló de España. Yo soñaba con volver a ella. El me leía sus versos del gitano, del torero, de los

"pueblos de España al lado de los montes,
siempre a las dos orillas de mi vida.
Paso por ellos y a mi paso hay brotes
con luz de un río eterno en dos orillas..."

Fue poeta hasta el último aliento de
sus labios. "Río hasta el fin..." Todo lo ha-
llaba hermoso en su infinitud. Decía del
recuerdo:

"De lo que fue una vez y es para siempre,
De lo que es ya en el Uno este Hoy eterno
Que queda cuando pasa y que te acerca
Más a mi por el mismo estar más lejos."

y se ha convertido en un recuerdo nuestro...

Guatemala, diciembre 1971

